

sin que su pasión imposible se borre por otras impresiones.

—Pienso que son algo infundados los temores de vd., doctor.

—Permítalo el cielo.

—Hagamos entonces otra cosa.

—¿Cuál?

—Si esa niña Clemencia, sufre demasiado como vd. lo cree, esa ausencia cesará y mi hijo se vendrá á unir á ella, tal vez antes del tiempo en que ese matrimonio debia haberse verificado, con lo cual habrán ganado ellos y nosotros tambien.

—Es el único recurso que queda. ¿Me da vd. palabra de que así lo hará? Don Estevan.

—Palabra de caballero, doctor.

—Está bien, esa promesa me consuela un poco.

Y despues de haber conversado otro rato de diversos asuntos, los dos amigos se despidieron cordialmente, prometiendo volverse á ver muy pronto.

—¡Oh! dijo el doctor, dejándose caer abatido en su sillón, despues de haber acompañado á Don Estevan hasta la puerta. ¡Necia humanidad! ¡á la calma del placer le llamas ociosidad, te hastia que los pesares del mundo no hayan desgarrado tu corazón, dejas el fértil vergel y corres alegre á precipitarte en el abismo!

¡Miseria humanidad! ¡Mal te comprendes todavía!

CAPITULO VI.

¡Adios!

Si el lector tiene buena memoria, recordará que hemos dejado en el capítulo primero á Gil Gomez, despues de haber vencido á Leal en lucha de astucia, corriendo á dar parte á Fernando del resultado de su misiva.

Era la media noche: la luna despues de haber luchado durante algun tiempo con las nubes que intentaban velar su brillo, habia aparecido por fin, fulgorosa y radiante, iluminando con su cuanto pálida, suavísima luz, la estension de los silenciosos campos de San Roque: Fernando y Gil Gomez, despues de haber descendido del ventanillo del aposento del último, salvaron con precaucion la pequeña tapia que limitaba el jardín de la casa de Clemencia, y se deslizaron sin hacer el menor ruido hasta una especie de senador ó mas bien invenero que el doctor habia hecho construir allí. Mas de un cuarto de hora, esperaron sombríos, preocupados, sin hablarse una palabra hasta que por fin Fernando interrumpió el silencio, diciendo á Gil Gomez.

—Son cerca de las doce y media, ¿qué habrá sucedido á esa pobre niña?

—Acaso le sea imposible salir al jardín todavía, respondió Gil Gomez.

—¿Dices que le has entregado mi carta en su propia mano?

—Por supuesto, y por cierto que con algun trabajo.

— ¡Y nada te dijo?

— Nada, porque ese bribon de perro, me dejó con la palabra en la boca; solo me dió cortesmente las gracias.

— ¡Oh! ¡cuánto la amo! exclamó Fernando con entusiasmo, siguiendo esa vaguedad del pensamiento de los amantes al hablar del objeto amado.

— Si lo creo, murmuró lacónicamente Gil Gomez.

— ¡Y qué harás tú? ¡qué haré yo? ¡qué haremos! hermano, mio separados, dijo Fernando con espresion de angustia.

— En cuanto á lo que haré yo, bien me lo sé, porque desde ayer tengo formado mi plan.

— ¡Qué plan es ese?

— Ya lo sabrás, en el camino, respondió Gil Gomez con espresion de misterio.

— ¡En el camino?

— Sí, en el camino.

— ¡Y cómo?

— ¡Oh! eso es cuento mio, dijo Gil Gomez.

— Misterioso cual nunca, estás esta noche conmigo.

— Un poco.

— Es extraño, cuando nunca hemos ocultado el uno al otro ni un pensamiento.

— Sí, es extraño; pero ese franco y buen brigadier, tu tío, ha venido sin intentarlo, creyendo por el contrario hacer un bien, á trastornarlo todo en la hacienda.

— ¡Oh! sí, sus palabras lisongeras han despertado en mi corazón y en el de mi padre, la ambicion del deseo de brillar, el tedio de esta tranquila vida que hasta aquí habia llevado.

— Pero ¡hay cosa mas fácil que desistir de este fatal viage? dijo firmáticamente Gil Gomez.

— ¡Y la órden del señor virrey, y el compromiso contraido con mi tío, y el deseo de mi padre? y...

— Y tu deseo tambien, Fernando.

— Gil Gomez, tú tienes algo esta noche, si te he ofendido perdóname, exclamó Fernando al oír las últimas palabras de su hermano.

— No, Fernando, nada tengo mas que el temor de perderte, nada tengo mas que un presentimiento de fatal agüero para este viage, dijo Gil Gomez enternecido; pero ¿has oido? continuó al percibir un ruido ligero, como el de una reja que se abre á lo lejos.

— Sí, y es Clemencia que se acerca, dijo Fernando al distinguir entre el follage de los árboles del jardín el vestido de la niña, alumbrado por los rayos de la luna.

Gil Gomez, se retiró discretamente del senador, yendo á sentarse en un tronco que estaba debajo de la tapia y á alguna distancia.

Fernando, loco, apasionado, salió al encuentro de la niña, conduciéndola al senador, donde ambos se sentaron.

— Clemencia; ¡por qué triste causa nos juntamos! exclamó el enamorado jóven.

— Sí; para vernos acaso por la última vez, dijo la hermosa niña con tristeza, y con un acento dulcísimo y vibrador.

— ¡Oh! no lo digas, ¿por qué para siempre? si así fuera, no partiria, te lo juro, ¡Clemencia de mi vida!

— La ausencia es el sepulcro del amor, murmuró la niña con desconsuelo.

—Clemencia, ¿lo dices acaso por tí? exclamó Fernando con acento de reproche.

—¿Por mí? ¿por mí? ¿puedo yo acaso olvidar? mira, mira, hace seis horas que he recibido tu carta y en ese corto tiempo, he envejecido de seis años por tanto sufrimiento y tanta lágrima.

—¡Clemencia, te adoro!

—¡Te idolatro, Fernando!

—¡Jamás te olvidaré!

—Mi amor, morirá conmigo.

Y los dos jóvenes se estrecharon, sintiendo exhalar toda su vida en un beso silencioso que resonó en su corazón.

—Mira, continuó Fernando, si es cierto que nos dejamos de ver un poco de tiempo, en cambio nuestro corazón se purifica mas con la concentración de un pensamiento solo, fijo, eterno, de un pensamiento que es vida de la vida y al mismo tiempo alimento de la llama inextinguible que nos consume.

—¡Oh! ¿me amarás mucho? ¿me amarás en cualquier lugar donde el destino te arroje, como yo te adoro en este momento, como te adoraré en silencio, todo el tiempo que dure esta fatal ausencia?

—Te idolatraré con toda mi vida, pensaré en tí á todas horas, y aspiraré á la gloria, á los honores, á las distinciones, para venir á ofrecerlas á tus plantas.

—¿Quién sabe? tú vas al bullicio del mundo, allí tal vez te cegará la ambición de gloria, allí encontrarás otras mugeres que te ofrecerán encantos que no tengo yo, pobre huérfana, educada en la soledad, sin conocer mas amor que el tuyo. ¡Oh! para qué te conocí si habia de perderte tan pronto cuan-

do mi felicidad habia durado tan poco, cuando apenas por la vez primera se confundia mi vida con la tuya. Y al decir estas palabras la niña, rompió á llorar amargamente ocultando su rostro entre las manos.

—Clemencia, dijo con apasionada exaltación Fernando; por el recuerdo siquiera de esos dias tan felices que hemos pasado juntos, si algo te vale el juramento del hombre que te adora, no despedaces mi corazón de esa manera tan dolorosa con tu llanto.

—Ya no lloro, no, mira, continuó la niña, después de un rato, procurando borrar en vano las huellas de sus lágrimas, mira, ya estoy tranquila, acerca de tu amor; un presentimiento me hacia llorar; pero tus palabras me vuelven la calma y la confianza.

—¡Gracias, Clemencia! ¡gracias! me acabas de quitar un peso que oprimia dolorosamente mi corazón.

—Tú serás bueno, ¿no es verdad? tú siempre me amarás al través de la distancia que nos separe, pensarás en mí, en las alegrías como en las tribulaciones, mi recuerdo será tu consuelo; y yo esperaré en silencio, sufriré con resignación tu separación; pero si esta durase mucho tiempo entonces, no lo dudes, Fernando, entonces moriré, dijo la niña con inocente candor.

—Mira, exclamó el joven, abriendo su camisa y enseñando á Clemencia un medallón suspendido á su cuello de un cordón de seda, ¿ves este retrato que formó la primera página del libro de nuestro amor?

—¡Oh! ¡qué triste recuerdo!

—Hace dos años le he llevado sobre mi corazón, y te juro no apartarlo jamás de él mientras esté lejos de tí, ¿quieres un juramento mas sagrado aún?

—Basta, basta Fernando, perdóname si he podido dudar un momento de tu amor.

Y los jóvenes se acercaron hasta juntar sus manos, hasta tocar sus labios, hasta cerrar sus ojos con sus ojos, hasta confundir su aliento, hasta escuchar los latidos de su corazón agitado por el amor, pero por el amor casto, todo espiritualismo, todo poesía, todo silencio, todo resignación.

¡Dormid jóvenes en el silencio de la noche! ¡Dormid despiertos y soñando! Soñad por la última vez, adormecidos por ese éxtasis divino en que los labios se cierran sin exhalar una sola palabra, porque el fuego del interior las vaporiza y las confunde con el aliento de la persona amada, en que los ojos no miran; pero derraman lágrimas; en que el oído cerrado á todos los ruidos verdaderos del mundo, solo escucha músicas lejanas, que modulan un nombre, un nombre querido, tantas veces repetido en el delirio de la pasión.

¿Qué pensamiento ocupa vuestro corazón? ¿Acaso un recuerdo? ¿El poema del pasado? ¿Aquellos paseos solos, debajo de la bóveda espesa de los árboles; cuando el brazo se apoyaba indolentemente en el brazo, cuando la dulce atmósfera del presente, serena porque las sombras del pasado habian desaparecido, porque ni la lontananza del porvenir se presentaba aun; solo, mentira campos, luz, cielo, aves, músicas, misterios, cuando veiais retratada una imagen adorada en las aguas, la imagen de la realidad que á vuestro lado os miraba amorosa, cuando las aves y las brisas pasaban murmu-

rando á vuestro oído en son de música el nombre de la imagen de aquella realidad, cuando la naturaleza toda os decia “ama y goza?”

¿Soñais en aquella mirada lánguida, prolongada adormecedora, que se humedecia al fijarse en la vuestra?

¿Soñais en aquella sonrisa que el fluido del amor formaba graciosa y melancólica á la vez?

¿Aspirais todavía el perfume de aquellas flores que os dió una mano trémula que llevasteis á vuestros labios?

¿Escuchais de nuevo los acentos de aquella música que un indiferente no hubiera comprendido; pero que para vosotros decian tanto, porque cada una de aquellas vibraciones formaban el eco de un sentimiento, la expresión de una esperanza, el aliento de un suspiro, la traducción de una dulce palabra y esos sentimientos, esas esperanzas, esos suspiros, esas palabras, formaban el poema de vuestra pasión que era el poema de vuestra felicidad, porque vosotros siendo dos os habiais convertido en uno, porque de dos criaturas humanas se habia formado un ángel?

¡Soñad y no despertéis, porque al fin sueño es la vida! Soñad y no despertéis, porque al despertar hallareis la fría realidad, el desengaño descarnado, la duda, la separación dentro de pocas horas, el olvido, el llanto, el adiós.

¡Soñad y no despertéis, porque á la amarilla luz de la verdad, se desvanecerá el encanto de la ilusión, y los recuerdos felices del pasado vendrán, torcedor del corazón, á escarnecerle con una perspectiva de amor que ya no existe, porque el cielo que creisteis hallar en el suelo se trocá en arido

y oscuro yermo de pesar, porque las palabras de amor se trocarán en palabras de despedida, el silencio de la fruicion, en el silencio del desconsuelo y el marasmo, las esperanzas en dudas, los suspiros en que exhalabais el aliento aspirado del ser amado, en suspiros de despecho, las lágrimas tibias de entusiasmo y felicidad en lágrimas abrasadoras de martirio.

¡Soñad despiertos á la ilusion y dormidos á la realidad!

A las cuatro de la mañana los jóvenes se dieron el último adiós, y entre lágrimas, promesas, juramentos y suspiro, se arrancaron de los brazos el uno del otro.

Fernando y Gil Gomez volvieron á la hacienda; mientras que el último se paseaba silencioso en los corredores, el primero se encerró en su cuarto para acacabar de arreglar su maleta de viaje, pues dentro de dos horas debía partir. Luego que hubo cerrado con cuidado la puerta, como temeroso de ser sorprendido en lo que iba á ejecutar, abrió un cajon de su guardaropa, el mas escondido de todos y comenzó á estraer lentamente los objetos que en él se contenian.

Era uno de esos cajones, relicario de nuestros recuerdos mas queridos, que todos nosotros jóvenes, siempre tenemos, allí estan reunidas las dulces reminiscencias de la infancia, y las aspiraciones de la juventud, allí los rosarios, los juguetes de niños, y todos esos objetos en cada uno de los cuales, encontramos la mano amorosa y la cariñosa prevision de nuestra muerta madre, allí las memorias mas dulces de nuestro país natal, de ese país querido que dejamos para buscar fortuna, nombre, gloria y

que nunca hemos vuelto á ver, allí las impresiones mas gratas de la juventud, flores ya secas, que nos dió una mano temerosa, rizos de cabellos que todavía esparcen su suave perfume, cartitas primorosamente dobladas cuyas palabras escritas apresuradamente con el fuego de la pasion y el temor de una sorpresa, apenas podriamos deletrear, si no comendiésemos de antemano el pensamiento encerrado en cada una de ellas, pañuelos con una cifra, recuerdos de amigos que se han muerto, se han ausentado ó nos han olvidado, fragmentos de verasos, diarios de memorias y confiancias interrumpidas, recuerdos de viajes, de bailes, de dias de campo, retratos, y en fin ese conjunto que revela todas las esperanzas, los deseos, las ilusiones, las lágrimas de un corazon de veinte años, un guante que nos dejaron como recuerdo de un baile, todavía manchado ligeramente con el vino que formó el juramento de un amor que se disipó con sus vapores, una flor que cortamos en la mañana de un dia de campo y que despues de haberse prendido todo el dia en un seno, se nos dejó caer en la mano á una simple insinuacion, un anillo que cambiamos por otro con un juramento, hoy ya olvidado; el amor bajo todas sus fases, el amor embellecido porque ya ha pasado y lo perfuman los recuerdos.

Fernando no podia referir todos estos objetos mas que á un solo amor, el único que habia sentido en su vida, pasada lejos de la bacanal del mundo. Vosotros, jóvenes de las ciudades, habeis experimentado en vuestra vida muchos sentimientos que se parecen al amor, á los seis años ya jugabais á los esposos con una niña de igual edad, á los diez amásteis á vuestra hermosa prima, á quién ibais á

esperar á la salida de la escuela para hablarle furtivamente, sin ser visto, á los catorce os quemabais en dulce fuego por una amiga de vuestra casa, que era ya una jóven completa, puesto que tenia cuatro años mas que vosotros, á los diez y seis fueron unos amorcillos democráticos, porque á esa edad, domina el deseo animal, y á los veinte, ¡oh! á los veinte, son veinte amores á un tiempo, en la mañana vais á ver á la Iglesia á vuestra vecina, en la tarde correis delirante detrás de un carruaje, en la noche vais al teatro, para no apartar las miradas de un palco, adonde os miran tambien y os envian graciosos saludos y sonrisas, despues en vuestro sueño continua el delirio y veis pasar á un tiempo mil imágenes brillantes, que todas hablan á vuestro corazon, ó bien es una pasion desgraciada, amais á una jóven orgullosa y mas rica que vosotros y que os desprecia, y la amais, la adorais desde el rincón de vuestro aposento de colegio, y á alla sacrificais vuestro amor propio, vuestra dignidad, vuestra reputacion, y pasais una semana entera delirando para salir á recoger el domingo una mirada de desprecio ó una sonrisa de odio, y despues, cuando os habiais resignado á esperar un título, una reputacion, un nombre que os hiciese superior á ella, para ponerlo todo á sus plantas, entonces ella se casa y entonces el desengaño ocupando vuestro corazon, roe y carcome vuestros buenos instintos y vuestros nobles sentimientos y os haceis hombres de teorías y comenzais á dudar del amor y á cerrar vuestra alma á las dulces afecciones de la vida.

O bien es un amor dulce, sereno, sin grandes tempestades, vais á pasar una temporada en el campo y allí hay una jóven que os mira, que os

conduce á los sitios hermosos, que solo vuestro brazo acepta en los paseos, que os regala flores mirándóos con particular espression de ternura, que os da celos con vuestras conocidas de la ciudad, que casi llora cuando hablais de partir; y á quien conoceis que habeis amado, solo cuando la distancia y las conveniencias sociales os separan ya de ella. Y sin embargo, todos esos recuerdos ocupan á la vez vuestra memoria, y pensais al través de los años con la misma ternura en la niña de seis años, que en vuestra prima, y guardais con igual cuidado el velo de la amiga de vuestra casa, que el anillo de la costurera, que las flores de la aldeanita, que las cartas vuestras que os volvió despedazadas la orgullosa cortesana, que el pañuelo que os dieron en el baile. Pues bien, si habeis podido amar igualmente á veinte mugeres, con un amor de un dia, de un mes, de un año á lo mas, y si llorais al separaros de los objetos que os conservan el recuerdo de esos veinte amores; pensad, cuánto sufriria, cuánto lloraria el pobre Fernando, al ver pasar ante su vista todas aquellas prendas de un solo, de un único, de un purísimo amor de dos años, pensad cuántas ardientes lágrimas caerian sobre aquellas flores secas, sobre aquellas cartas que solo le hablaban de Clemencia, y solo de Clemencia á quien iba á perder. Le pareció que aquellos objetos no debian quedar allí abandonados y los ocultó en el rincón de su maleta, para poder al menos, pensar siempre en el amor de Clemencia, para poder llorar con los testigos de su dicha en cualquier sitio que el destino lo arrojase.

Porque así es el corazon humano; Fernando lloraba por una partida que bien podia, si él quisie-

se, dejar de verificarse; pero habria llorado mas si esto hubiera sucedido. Porque así es el corazon, un abismo impenetrable, fábrica de todo lo bueno y de todo lo malo á la vez; hoy se encuentra la ilusion donde mañana el desengaño, ayer lágrimas, hoy sonrisas, mañana tal vez mas lágrimas.

A las seis de la mañana llamaron á la puerta del aposento, Fernando se apresuró á ocultar en su maleta los últimos objetos, compuso su cabello desordenado, procuró borrar de su rostro las últimas huellas de sus lágrimas y abrió al que llamaba. Era su padre, que le dijo con emocion:

—¡Buenos dias, hijo mio! ¿cómo haz dormido esta noche?

—Bien; padre mio, dijo Fernando ruborizándose ligeramente al tener que decir una mentira á su padre.

—¿Has arreglado ya tu maleta de viage?

—Sí, padre mio.

—¿Has puesto en ella el despacho del señor virey, y el papel en que apuntaste el nombre del pueblo donde vas y el del capitán de tu compañía?

—Esos papeles, los llevo en mi cartera para mas seguridad.

—¿Y el dinero?

—Aquí; dijo el jóven estrayendo de su gaban un bolsillo lleno de oro; además de las monedas de plata que tengo conmigo.

—Esta bien, dijo el hacendado, con ese dinero te alcanza para los gastos del viaje y para tus necesidades durante algunas semanas, mientras envío mas á mi hermano para que te entregue.

—¡Mil gracias, padre mio!

—Pues ahora ya todo está listo y es tiempo de que partas.

—¿Han ensillado ya el caballo?

—Sí, y llevas el mejor y mas fuerte que hay en la hacienda.

—¿Es acaso el Huracán?

—No, porque está enfermo de la vista hace algunos dias y seria espuesto caminar en él, solo Gil Gomez se ha atrevido á montarlo en ese estado.

—¿Dónde está Gil Gomez?

—Ha ido á un negocio que le he encargado, dijo Don Estevan.

—¡Oh! ¡padre mio! lo ha querido vd. alejar de mí en este último instante.

—Pues bien, así ha sido, porque considero imposible que ese niño pueda sufrir el verte partir.

—Pero ¿le dirá vd. que me he acordado de él hasta el último momento? exclamó el jóven enterrecido.

—Le diré todo, y durante tu ausencia no haremos otra cosa que hablar de tí, que rogar al Señor por tu felicidad, que esperar tu vuelta, hijo de mi corazon; exclamó el hacendado casi entre sollozos. Nada tengo que añadir á lo que ayer te he dicho, hazte digno de la estimacion del mundo, aprende á luchar con las circunstancias y á vencerlas, piensa mucho en mí, y ya sabes, ya te he dicho el premio que te aguarda á tu vuelta.

—¡Clemencia!

—Sí, Clemencia y el amor de tu padre, ahora abrázame por último, toma tu maleta y parte.

—¡Adios! padre mio, y dé vd. mi adios á mi hermano.

—¡Adios! hijo de mi vida.

Y los dos despues de haberse abrazado se separaron.

Fernando en vez de seguir la ruta que debia sacarle al camino real, quiso hacer un pequeño rodeo para pasar por detrás de la casa de Clemencia acaso para verla por la última vez; pero la puertecilla del jardin estaba cerrada y al través del enverjado no se distinguia ninguna persona en él.

Por consiguiente, el jóven no vió á Clemencia que oculta detrás de un bosquecillo, le siguió con la vista durante algun tiempo hasta que le hubo perdido.

—Y ahora, exclamó la niña con acento desgarrador, tendiendo los brazos en la direccion en que el ginete habia desaparecido; ¡ahora, amor mio ¡adíos! ¡adíos! ¡adíos, para siempre!

Y al decir estas palabras, cayó desmayada sobre el frio y duro suelo del jardin.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO VII.

Del ventajoso cambio que hizo Gil Gomez con un religioso de la órden de San Francisco.

Si el lector recuerda lo que le hemos dicho acerca del intenso amor que Gil Gomez, profesaba á Fernando, le parecerá ciertamente muy inverosímil, la manera tan sencilla, con que fué alejado al tiempo de la partida del jóven teniente; pero esta inverosimilitud cesará para el lector cuando sepa dos cosas; la primera que Gil Gomez habia formado su plan, que consistia en seguir á Fernando, y servir en clase de soldado en la compañía á que éste fuese destinado, y la segunda que habia sido encerrado, encerrado en el pajar, lo mismo que si fuera un niño de ocho años, encerrado por medio de un ardid ingenioso que consistió en enviarle el hacendado por un objeto y echar la llave por fuera, conociendo que éste era el único medio de impedir un lance desagradable. Para poner en plan-